

Claves para una espiritualidad de la parroquia

«Y se puso a caminar con ellos» (Lc 24, 15)

José Emilio Cabra Meléndez

Sumario: La parroquia, que ha sido durante siglos el rostro visible de la comunidad cristiana, se encuentra en la actualidad continuamente llamada a la renovación. Mantiene, sin embargo, su potencial de cauce de la experiencia de Dios «entre las casas de la gente», también en un entorno de precariedad. El artículo ofrece una propuesta de «espiritualidad de la parroquia» a partir de los rasgos comunes a toda la vida cristiana y de las aportaciones de *Novo millennio ineunte* y *Evangelii gaudium*.

Palabras clave: seguimiento, comunión, oración, *Novo millennio ineunte*, *Evangelii gaudium*.

1. La parroquia, comunidad en seguimiento de Cristo

La parroquia es el ámbito ordinario donde se celebra y se visibiliza la vida cristiana de la mayor parte del pueblo de Dios. A través de la parroquia la mayoría de los cristianos se encuentran con la Iglesia y acceden a la fe y a los sacramentos. La parroquia acoge a fieles de todas las edades y condiciones sociales, en todos los momentos y situaciones de la vida.

Sin embargo, en los últimos decenios, la que parecía una realidad consolidada desde hace siglos ha entrado en un tiempo de revisión: una sociedad cada vez más marcada por la movilidad evidencia las limitaciones de la institución parroquial; los cambios en la cultura y en la Iglesia provocan repetidas llamadas a la renovación de la parroquia, cuando no interrogantes sobre su viabilidad futura.

Quisiéramos plantear en estas líneas cómo, en una sociedad en la que Dios parece haberse perdido del horizonte, la vitalidad de

la parroquia pasa, a nuestro juicio, por reavivar la espiritualidad que le es propia, por configurarla como ámbito de la experiencia de Dios y propuesta de «vida en el Espíritu», que –al fin y al cabo– no significa otra cosa que vida cristiana en su plenitud.

Puede que el empeño no sea tan obvio. Es muy abundante la bibliografía sobre la parroquia desde el punto de vista pastoral o del derecho canónico. Sin embargo, apenas se encuentran libros que conjuguen explícitamente los términos de «espiritualidad» y «parroquia»: en los diccionarios de espiritualidad consultados, salvo alguna excepción, no aparece la voz «parroquia»; en los manuales, solo indirectamente al tratar de modo genérico la Iglesia como «sujeto». o como «mediación» de la vida espiritual cristiana: se subraya el papel de la comunidad litúrgica y orante, que se verifica teológica y existencialmente en la comunión fraterna, si bien se tiene la impresión de que la realidad quede lejos de la reflexión teológica: «El pueblo cristiano como tal queda unido flojamente en una débil comunidad parroquial».

No faltan, por supuesto, escuelas de oración, propuestas de lectio divina, subsidios pastorales para los sacramentos y múltiples itinerarios de formación, que en el fondo dan una cierta sensación de dispersión. Se puede plantear, pues, si existe lo que podríamos llamar una «espiritualidad de la parroquia» y si sería útil una reflexión específica sobre la parroquia como ámbito de encuentro con el Dios de Jesucristo.

1.1. Del territorio a la comunidad cristiana: el cambio de perspectiva del Vaticano II

Aunque ha conocido modelos distintos en la historia, la parroquia, especialmente desde el concilio de Trento, se asentó como una institución fundamental en la vida de la Iglesia: en la parroquia el cristianismo había encontrado un modo de insertarse en el tiempo y en el espacio de la sociedad occidental. La *cura de las almas* como principal actividad del párroco y la vinculación a un territorio caracterizaban a la parroquia tridentina. En la parroquia se tejían relaciones estables entre el párroco y feligreses –y entre los propios feligreses– del nacimiento a la muerte. La

parroquia era el *lugar* que alimentaba la vida espiritual mediante los sacramentos y algunas actividades de tipo formativo.

El Concilio Vaticano II responde a un cambio de óptica necesario en la concepción de la parroquia: sin perder la referencia al territorio de la parroquia tridentina, se ha pasado a una visión centrada en la parroquia como comunidad cristiana. El Concilio habla de las parroquias como «comunidades de fieles distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo. En cierto modo, representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo»; la parroquia es «como una célula» de la diócesis.

La exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* (1989) reconoce las dificultades que vive la parroquia, pero le augura «una época nueva y prometedora». Los padres sinodales solicitaban «una decidida renovación» de las parroquias y el papa animaba a volver «a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el misterio mismo de la Iglesia presente y operante en ella». El documento considera la parroquia como «la expresión más visible e inmediata» de la comunión eclesial y la define como «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos». Juan Pablo II opta definitivamente por la visión de la parroquia como comunidad cristiana: «La parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es 'la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad', es 'una casa de familia, fraterna y acogedora', es la comunidad de los fieles».

A pesar de los ensayos de renovación de los últimos decenios (ricos en cantidad y calidad y en ocasiones también algo erráticos), sigue viva una cierta sensación de estancamiento e insatisfacción, a medio camino entre prácticas pastorales que se perciben ya inadecuadas y unos proyectos que no terminan de hacerse realidad. No cesan, sin embargo, los intentos de búsqueda de un nuevo rostro de la parroquia, fiel a su rica herencia y a los desafíos de los nuevos tiempos.

1.2. La espiritualidad cristiana sine additio

Al tratar de diseñar un nuevo rostro de la parroquia, *Christifideles laici* dirige la mirada, pues, hacia «el misterio mismo de la Iglesia». La insistencia en el carácter comunitario de la parroquia y su vinculación teológica con la Iglesia diocesana orientan la búsqueda de una *espiritualidad de la parroquia* hacia la *misma espiritualidad cristiana*.

Congar hablaba del laico como “el cristiano *sine addito*; su espiritualidad no es más que la de la vida cristiana». Podemos aplicar esta intuición a la parroquia: la espiritualidad de la parroquia es la misma espiritualidad cristiana *sin añadidos*.

Afirma el cardenal F. Sebastián:

«En la parroquia se vive en primer lugar lo común cristiano, por encima de diferencias y apellidos. Para vivir y trabajar en ella no es necesario apuntarse a nada más. No es preciso estar inscrito en ninguna asociación para ser cristiano en plenitud. Basta con ser miembros de la comunidad cristiana y vivir intensamente la vida cristiana común».

En esta misma línea se manifiesta E. Bianchi: la parroquia es una «realidad sencilla, sencillísima, como por otro lado, debería ser toda la vida cristiana». Para su renovación «no se trata de inventar cosas especiales, sino que es necesario releer los rasgos fundamentales que definen la comunidad cristiana y repensarlos con inteligencia creativa».

Este vivir *lo común cristiano* caracteriza la vida parroquial en su apertura a todos. «En la parroquia se puede decididamente hablar de comunidad “católica”, según la etimología de esta palabra: ‘de todos’”. Incluso la territorialidad de la parroquia –tan cuestionada en los últimos tiempos– es una garantía que elimina de inmediato cualquier exclusión. No está llamada la parroquia a cultivar en propiedad un carisma específico, sino a enriquecerse, como “casa de familia”, con la diversidad y con el encuentro, en el anuncio y la celebración de la fe común. Liturgia, Palabra de Dios y servicio de la caridad serán, pues, las dimensiones constitutivas de una espiritualidad de la parroquia, las mismas que conforman la misión de la Iglesia. La parroquia, aunque sea la más sencilla comunidad rural,

en su oferta de lo común de la fe, se convierte en “lugar de la experiencia teologal».

1.3. La parroquia y la espiritualidad del seguimiento

Son muchas las formas mediante las que, en la historia de la Iglesia, se ha expresado la relación con Dios: alianza, camino, imitación, ascenso, unión, amistad... No son excluyentes. En todo caso, resultan más auténticas cuanto más reflejan que la vida cristiana no consiste en una especulación intelectual, sino en un *encuentro*, en una *relación* con el Padre por medio de Jesucristo. Entre ellas, la imagen del *seguimiento de Jesús* tiene un especial arraigo evangélico y refleja la idea de vida espiritual en camino: categorías como la perfección, la santidad o la unión con Dios se entienden, así como realidades dinámicas, no logradas de una vez para siempre; realidades que exigen un recorrido progresivo y continuo. Si insertarnos ahora la espiritualidad de la parroquia en la imagen del seguimiento, no es por buscar un complemento a la que consideramos *espiritualidad cristiana sin añadidos*, sino precisamente porque consideramos el seguimiento de Cristo como específico de la espiritualidad cristiana, no solo desde una perspectiva individual, sino como inseparable de la vida de la Iglesia.

La experiencia de los primeros discípulos fue un camino común de itinerancia en pos de Jesús. En los evangelios el seguimiento se presenta como llamada a formar parte de un grupo (cf. *Mc* 3, 14), en el que no existen relaciones abstractas ni anónimas: el Pastor conoce a sus ovejas una por una, las llama por su nombre y ellas escuchan su voz (cf. *Jn* 10, 1ss). Se trata de una intimidad compartida con la comunidad que cree en él y camina con él.

El Concilio también ha puesto de relieve la idea del seguimiento como clave interpretativa de la existencia cristiana: LG, n. 3 recuerda que la Iglesia *camina hacia Cristo* como comunidad visible que sigue sus huellas, vive y se nutre de él. LG, n. 41 asocia el cultivo de la santidad, a la que todos están llamados, al seguimiento de Cristo. El seguimiento se desarrolla en la comunidad vivificada por el Espíritu.

El papa Francisco lo ha subrayado recientemente: «La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante». *Caminar juntos* es constitutivo del Pueblo de Dios en su peregrinar hacia el Reino. La parroquia se constituye, decíamos, como *célula* de ese Pueblo de Dios en marcha. La propia etimología de la palabra «parroquia» –a pesar de la imagen de estabilidad y de sujeción a un territorio– hace referencia a la itinerancia; al peregrinaje:

«La palabra “parroquia” deriva del griego *paroikía*, que significa literalmente “junto a las casas” (*pará-oikía*); y *pároikos* es el que reside en situación de “extranjería”, lejos de su propia casa, junto a las casas de la gente. La carta primera de Pedro llama precisamente así a los cristianos, asociando a esta clasificación otra que designa el vivir temporalmente en tierra extranjera (cf. 1 Pe 2, 11) [...]. Su, estilo de vida puede ser comparado con la itinerancia del viajero que, en su cotidiana precariedad, es un “residente extranjero y peregrino” que habita junto a los otros, se mueve entre los otros, pero continúa siendo un extranjero porque su ciudadanía verdadera, su estilo de vida está en el cielo».

El *caminar juntos* en la parroquia no es simple proximidad, provocada por el territorio; es unidad operada por el Espíritu en el seguimiento cotidiano del Señor.

2. La aportación de *Novo millennio ineunte* y *Evangelii gaudium*

Del rico magisterio de los últimos años, dos documentos iluminan especialmente la búsqueda de una espiritualidad de la parroquia. Sin tener carácter de encíclicas, *Novo millennio ineunte* y *Evangelii gaudium* ofrecen orientaciones de largo alcance para la vida de la Iglesia, con una aplicación concreta en el ser y el quehacer de las comunidades cristianas.

2.1. Las grandes intuiciones de *Novo millennio ineunte*

Al concluir el Jubileo del año 2000, en el bimilenario de la Encarnación, Juan Pablo II publicó la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, como propuesta espiritual y pastoral para la Iglesia al comienzo del tercer milenio. La carta ofrece, a nuestro entender, tres grandes intuiciones para la espiritualidad cristiana y, en concreto, para una espiritualidad parroquial en clave de seguimiento: la contemplación del rostro de Cristo, la primacía de la gracia y la espiritualidad de comunión. Se trata de tres principios que pueden centrar la vida de las comunidades cristianas. La formulación del tercero pudo resultar más novedosa en su momento, aunque presenta una coherencia natural con los dos anteriores, y se plasmó en los proyectos pastorales de los años siguientes.

2.1.1. Contemplar el rostro de Cristo

El segundo capítulo de *Novo millennio ineunte* presenta una intensa inspiración contemplativa. Antes de proponer sugerencias operativas para el futuro, Juan Pablo II invita a la Iglesia a fijar la mirada en el rostro de Cristo.

«Queremos ver a Jesús» (*Jn* 12, 21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar [...] ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro [...]. Al final del Jubileo [...] la mirada se queda más que nunca fija en el rostro del Señor».

El papa no pretende ofrecer un tratado doctrinal, sino hacerse eco de la voz de Pedro en la confesión de Cesarea de Filipo: «¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!» (*Mt* 16, 16) y proponerla de nuevo a toda la Iglesia como su fundamento perenne, partiendo del testimonio de los evangelios, para entrar en la profundidad del misterio de la Palabra hecha carne (cf. *Jn* 1, 14): la antigua oración del salmista, «tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (*Sal* 27, 8-9), «no podía recibir una respuesta mejor y más sorprendente que en la contemplación del rostro de Cristo».

En el rostro de Cristo, rostro de Hijo, doliente, resucitado, la Iglesia «contempla su tesoro y su alegría».

Según la intuición de *Novo millennio ineunte*, la contemplación, la intimidad con Jesús, se convierte en impulso para el seguimiento: el tercer capítulo de la carta in vita a *caminar desde Cristo* como fuente de la vida del cristiano y de la actividad pastoral. He aquí una de las propuestas centrales del Papa:

«No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste».

Parece evidente decir que Jesucristo es el centro de la vida de la Iglesia y de cada cristiano. Pero la Iglesia está siempre necesitada de configurar su propio rostro con el rostro de Jesús. Para una comunidad cristiana esta opción fundamental significará ayudar a cada miembro de la comunidad a verificar si sus actitudes y sus acciones concretas siguen el estilo de Jesús. La escucha de la Palabra, la oración silenciosa, la contemplación del misterio desembocarán, pues, en el discernimiento cotidiano.

2.1.2. *La primacía de la gracia*

«Trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: *la primacía de la gracia*. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar».

De nuevo el Papa recuerda lo que debería ser «un principio esencial de la visión cristiana de la vida». Sin embargo, aceptar en la práctica este principio supondría, para la mayoría de las comunidades, un giro efectivo en la comprensión de la espiritualidad y en la tarea pastoral, considerada con frecuencia –aunque de manera no confesada– como «algo que hacemos nosotros».

Ahondar en la primacía de la gracia convierte el seguimiento en auténtica *buena noticia*, en tesoro que se descubre. La fe se entiende como un regalo que recibimos y al que correspondemos responsablemente con una vida agradecida. La pastoral no

pierde su empeño para que otros compartan el mismo tesoro, pero se ve liberada de la presión de los resultados, del éxito y del fracaso.

2.1.3. La espiritualidad de comunión

En el número 43 de *Novo millennio ineunte*, Juan Pablo II acuña el término «espiritualidad de comunión», en sintonía con la eclesiología conciliar. Se trata de una mirada al corazón de la Trinidad que ilumina la relación entre los hombres. El Papa la propone como principio educativo en todos los ámbitos de la Iglesia y anima al desarrollo de «espacios de comunión» en el entramado de relaciones de la comunidad cristiana. La espiritualidad de comunión debe dar alma a la estructura institucional y al servicio de la autoridad en la Iglesia.

La espiritualidad de comunión –llamada, por tanto, a impregnar toda la vida del Pueblo de Dios– encuentra una aplicación inmediata en las parroquias, como concreción de la Iglesia en un territorio y en la red de relaciones cotidianas. Marcada como está la parroquia por la importancia de las relaciones humanas, la comunión no es «una simple realidad sociológica y psicológica», sino

«capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente».

Juan Pablo II plantea el desafío de que la Iglesia se convierta en «la casa y la escuela de la comunión». Ese reto se hace visible en la parroquia de manera inmediata: para la mayor parte del pueblo cristiano, la comunidad parroquial –plural en edades, situaciones vitales, mentalidad y momentos de fe– es la casa y la escuela más cercana, hogar y taller de esa unidad en un mismo Señor.

2.2. *Evangelii gaudium: la parroquia, llamada a la misión*

El 24 de noviembre de 2013, en la eucaristía de clausura del Año de la Fe, el papa Francisco entregaba la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* a treinta y seis representantes del Pueblo de Dios, provenientes de dieciocho países. Se trata de un documento que –en palabras del propio Francisco– «tiene un sentido programático y consecuencias importantes»: expresa y desarrolla el deseo del papa de que «todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en camino de una conversión pastoral y misionera».

2.2.1. *Un nuevo estilo pastoral*

Es un texto escrito con el estilo eficaz, directo y con frecuencia apasionado de Francisco; y ambicioso en el campo al que extiende esa «conversión pastoral», *toda* la Iglesia en *todas* sus actividades: «la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*». Francisco invita a asumir «un determinado estilo evangelizador [...] *en cualquier actividad que se realice*» y llama «a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma». Para iluminar ese proceso, ofrece criterios generales y, en ocasiones, pistas concretas.

Al recorrer los ámbitos de la renovación de la Iglesia, el Papa se detiene específicamente en la parroquia: en un párrafo extenso afirma que la parroquia no es una «estructura caduca»; posee «gran plasticidad» para adaptarse a las diversas situaciones de la comunidad. El Papa habla de ella como «presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración». Francisco reconoce que la renovación de la parroquia sigue pendiente y la vincula a que «realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo».

Este subrayado de la parroquia y el carácter pastoral de todo el documento ofrecen sin duda claves nuevas y certeras para la búsqueda de la espiritualidad parroquial.

2.2.2. Ideas de fondo para la espiritualidad de la parroquia

La exhortación de Francisco presenta algunas ideas de fondo comunes con *Novo millennio ineunte*, expresadas quizás de manera diferente: en concreto, la centralidad del encuentro con Jesús y la primacía de la gracia.

Francisco recoge las palabras de Benedicto XVI, «que nos llevan al centro del Evangelio», y repite que el camino para ser cristiano es «el encuentro con un acontecimiento, con una persona». Se trata de un encuentro afectivo: la clave es la amistad con Jesús. Para esa amistad y –para el amor fraterno– hemos sido creados.

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él [...]. Cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos».

Esta relación de amistad no es intimismo, sino configuración con el Señor hecho carne: al papa le preocupa que la Iglesia pueda no llevar «el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado».

Francisco insiste también, como Juan Pablo II, en «el principio de la *primacía de la gracia*», que «debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización». El Papa acuña el neologismo “primerear” para repetir incesantemente que «en toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios».

A partir de estas dos grandes coincidencias, la exhortación de Francisco presenta subrayados propios que también inciden en la espiritualidad de la parroquia:

Todo el documento ofrece una visión de la vida cristiana *no parcelada*: se dedica un capítulo específicamente a la espiritualidad, pero el texto alterna numerosas cuestiones de justicia social, moral, anuncio de la Palabra... que reflejan una comprensión unitaria de la fe y la vida.

La gran orientación del documento es la misión. El capítulo ofrece una «espiritualidad misionera». El adjetivo *misionero* no se añade como un apéndice, sino que corresponde a la misma na-

turalidad de la Iglesia; nace del encuentro con el amor de Jesús: «Pero ¡qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer?». Facilitar ese encuentro es la prioridad indiscutible para Francisco y quiere que lo sea para la Iglesia: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo».

De ahí la insistencia en claves como la alegría, la misericordia, la pobreza, la comprensión de la moral... que salpican toda la exhortación y con las que el Papa ofrece una propuesta espiritual completa.

3. La parroquia como casa y escuela

Intentando buscar un modelo de espiritualidad de la parroquia, la visión de *Novo millennio ineunte* sobre la Iglesia como «casa y escuela» resulta coherente con la etimología de la parroquia y con su carácter de comunidad familiar: la *casa* sugiere relaciones cotidianas, pero profundas; la *escuela*, iniciación en la vida, acompañamiento al proceso de cada uno. Es casa, pero con estilo de *tienda*, por su vocación de acogida y de itinerancia, si no física, sí vital.

La imagen se puede combinar con el esquema sobre la Iglesia que había inaugurado Juan Pablo II en *Christifideles laici*: sintetizando la enseñanza del Concilio, el papa hablaba de la Iglesia como *misterio–comunión–misión*. Desde entonces, gran parte de la reflexión teológica y pastoral ha utilizado este esquema, que resulta claro y que nos permite profundizar en el carácter de la parroquia como casa y escuela.

3.1. La parroquia, casa y escuela de oración

No faltan las propuestas pastorales que, aun reconociendo la importancia de salir al encuentro, especialmente de los jóvenes “alejados”, insisten en no olvidar la importancia del templo como posibilidad de perforar el misterio y acceder a la experiencia de Dios. Abundan hoy quienes buscan fuera del cristianismo una espiritualidad difusa o, si tienen sed de una espiritualidad

específicamente cristiana, no la buscan en la parroquia cuando debería ser la opción común de una vida teologal explícita¹.

Para muchos bautizados la parroquia ciertamente *sacraliza* los acontecimientos más significativos de la vida (el nacimiento, la formación de una familia, la muerte...); sin embargo, está llamada a ser cauce de iniciación y de vivencia cotidiana de la experiencia religiosa.

3.1.1. Orar y enseñar a orar

«Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas “escuelas de oración”*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón»².

La oración requiere un aprendizaje que no se puede considerar espontáneo o dar por supuesto³. Hasta hace pocas generaciones, la familia y la parroquia lo favorecían con prácticas sencillas, que se han ido abandonando sin que se propongan, por lo general, otras nuevas. Hoy el ritmo de vida no facilita el recogimiento y el silencio y faltan maestros que sepan conjugar la unción del Espíritu con las situaciones concretas que vive el hombre contemporáneo⁴. La insistencia de los pastores en la importancia de la oración requiere a la vez guías que inicien en ella⁵.

La parroquia, como “escuela de oración”, tiene la oportunidad de ofrecer un espacio de silencio, tiempos en que se acoja en adoración la presencia de Dios; itinerarios sencillos, pero personalizados, para la oración en la catequesis de niños, jóvenes y

¹ Cf. A. MATTEO, *La prima generazione incredula. Il Difficile rapporto tra i giovani e la fede*, Rubbettino, Soveria Mannelli 2010, 79; Pontificio consiglio per i Laici, *Riscoprire il vero volto*, 61–62. Dice el papa Francisco: “Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente” (EG, n. 89).

² NMI, n. 33.

³ Cf. M. COSTA, *Voce tra due silenzi: la preghiera cristiana*, Edizioni Dehoniane, Bologna 19983, 95.

⁴ Francisco anima a “imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas para los habitantes urbanos” (EG, n. 73).

⁵ Cf. F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu*, 311–313; Obispado de Málaga, *Fortalecer y transmitir la fe*, 131–133. El congreso “Parroquia evangelizadora” ya se hacía eco de esta urgencia en 1989: “Por lo general, es muy poco e insuficiente lo que se hace desde las parroquias para enseñar a los creyentes a orar. Estos últimos años se han ido suprimiendo, sin ser debidamente sustituidos, triduos, novenarios y devociones diversas que, en otros tiempos, alimentaron la vida cristiana del pueblo. Por otra parte, bastantes cristianos sienten hoy necesidad de silencio, oración, encuentro con Dios” (Secretariado del Congreso, Congreso parroquia evangelizadora”, 143).

adultos; un acompañamiento espiritual que ayude a profundizar en la interioridad. Y, como “casa”, representa el hogar, la familia *con fa que* se reza: aun en su oración personal, el creyente no reza solo. Su oración está unida a la oración de la Iglesia, incluso si él no lo experimenta así o si la comunidad visible es débil, envejecida o pecadora⁶. La originalidad, el valor de la parroquia como *casa y escuela de oración* pasa por una “renovada alianza entre la dimensión familiar–parroquial y la monástico–contemplativa de la presencia cristiana en la sociedad”⁷.

3.1.2. Palabra y eucaristía

La Palabra de Dios constituye para la comunidad cristiana «fuente límpida y perenne de vida espiritual»⁸. El Concilio recuerda que la Sagrada Escritura debe acompañar la oración y recomienda acudir a ella en la liturgia y la lectura espiritual⁹. Pero la Palabra es, además, fuente de *esa misma comunidad*. Escribe el cardenal Martini: «Es la acogida de la Palabra de Dios la que nos convierte en comunidad auténticamente cristiana según las leyes de la comunión. La Palabra de Dios nos asegura el contacto vivo e inmediato con el mismo Cristo, Palabra viva del Padre, fuente de la comunión»¹⁰.

Esa *inmediatez* del contacto con Cristo se hace especialmente viva en la celebración litúrgica, lugar privilegiado de la experiencia espiritual¹¹, y encuentra su centro en la eucaristía. La parro-

6 Cf. B. HÄRING, “Oración”, en Nuevo diccionario de espiritualidad, 1397. En cuanto a la liturgia de las horas, su declaración como oración de la comunidad no la ha convertido, al menos en nuestro entorno, en práctica efectiva de las parroquias. Obviamente, para todos y a diario, no es pensable. Apuntan algunas experiencias de rezo de determinadas horas, generalmente con grupos ya formados.

7 A. MATTEO, *La prima generazione incredula*, n. 78. En relación con el silencio, la oración, la apertura al misterio y su proyección en las comunidades cristianas resulta muy iluminadora la primera carta pastoral del cardenal Martini (C.M. Martini, *La dimensione della vita: lettera al clero e ai fedeli dell’Archidiocesi Ambrosiana per l’anno pastorale 1980/81*, Centro Ambrosiano di Documentazione e Studi Religiosi, Milano 1980).

8 DV 21. Nos parece más acertada la imagen de la “fuente” que utiliza el Concilio que la de “método” para una espiritualidad eclesial, como propone el NDE (cf. B. Calati, “Palabra de Dios”, en NDE, 1476).

9 Cf. DV 25. Es muy rica la reflexión que hace el P. Costa sobre la Palabra de Dios y la oración personal, antes de adentrarse la explicación del método de la lectio divina (cf M. Costa, *Voce tra due silenzi*, 148–149).

10 C.M. Martini, *In principio la Parola: lettera al clero e ai fedeli sul tema “la parola di Dio nella liturgia e nella vita” per l’anno pastorale 1981–82*, Centro Ambrosiano di Documentazione e Studi Religiosi, Milano 1981, 6.

11 El P. Bernard señala: “Nos gustaría insistir en otro aspecto menos conocido: la celebración y, sobre todo, la recepción de un sacramento constituyen un acontecimiento espiritual” (C.A. BERNARD, *Teología espiritual*, 368).

quia reunida el domingo revive la experiencia de los discípulos aquel «día primero de la semana» en que el Señor Resucitado les comunicó su paz y el don de su Espíritu. Al celebrar la eucaristía, la comunidad cristiana entra en la dimensión de la gratitud y encuentra la fuerza vital para la tarea evangelizadora¹².

En particular, el servicio de la homilía, tras la proclamación del evangelio, es un acercamiento de la Palabra de Dios a la situación de la comunidad y de cada uno de sus miembros. La Iglesia, como madre que es, «predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo»¹³. No se puede dejar de insistir en el valor de la homilía como alimento de la vida espiritual de gran parte del pueblo fiel y para la propia espiritualidad del sacerdote que la predica¹⁴.

3.2. La parroquia, casa y escuela de comunión

La parroquia siempre se ha entendido como un espacio de relaciones. Su definición en el derecho canónico remite a las relación de *cura pastoralis* o *cura animarum* que ejerce el párroco con respecto a las personas del territorio que le ha sido confiado¹⁵. La maduración de la idea de parroquia como comunidad convirtió a los cristianos del territorio no solo en *destinatarios*, sino en agentes de esas relaciones, capaces de dar visibilidad al evangelio en Aquel lugar. El desafío es convertir esas relaciones humanas en comunión fraterna.

3.2.1. Un espacio para las relaciones en una sociedad anónima

En un tiempo, el templo parroquial era el centro geográfico y psicológico de la vida del pueblo. Hoy la parroquia sigue originando múltiples ocasiones de encuentro y de construcción de

¹² Al comentar el valor de la eucaristía como “testimonio gozoso y agradecido de la salvación”, B. Häring llega a afirmar: “Será, por tanto, la celebración eucarística lo que decida el porvenir de la evangelización” (B. HÄRING, “Oración”, 1399).

¹³ EG, n. 139. La extensión que el Papa dedica a la homilía en su exhortación apostólica da idea de la importancia que le atribuye.

¹⁴ “La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento”. Para el Papa, “la homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo” (EG, n. 135). Cf. Obispado de Málaga, *Fortalecer y transmitir la fe*, 149–150.

¹⁵ Cf. CIC 515; 519.

relaciones. Muchas tocan o pueden tocar la dimensión religiosa de la existencia: celebraciones de los sacramentos, escucha y conversación cotidiana, animación de la vida social... Los encuentros ocasionales pueden transformarse en diálogos significativos; las peticiones de ayuda, en acogida cordial de quien la pide; la solicitud de un sacramento, en confesión incipiente de fe. Incluso las pequeñas gestiones administrativas –cuando se les presta atención– pueden cargarse de valor simbólico¹⁶.

En la sociedad occidental contemporánea el aislamiento y la soledad se han convertido en enfermedad común. No hace falta insistir en la incomunicación y la frialdad de las aglomeraciones urbanas ni en la extensión de las “relaciones virtuales”, que sustituyen el diálogo cara a cara. Frente a todo ello, la parroquia se presenta –con frecuencia, humildemente– como “lugar de auténtica humanización y socialización, tanto en un contexto de dispersión y anonimato, propio de las grandes ciudades modernas, como en zonas rurales con escasa población”¹⁷. Frente al anonimato, la parroquia ofrece la alternativa de la acogida: una puerta abierta para todos en los momentos difíciles o alegres de la existencia.

«La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De este modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad»¹⁸.

Además, reconociendo su valor como instrumento de primer anuncio, «la acogida tiene un alcance más profundo que su di-

¹⁶ Cf. L. BRESSAN – L. DIOTALLEVI, *Tra le case degli uomini. Presente e “possibilità” della parrocchia italiana*, Cittadella, Assisi 2006, 304–306.

¹⁷ EIE 15. R Prat ilustra bien las dificultades y retos que estas relaciones conllevan: “En las parroquias rurales confluyen todos los problemas del pueblo porque es muy difícil separar la comunidad parroquial y la comunidad cívica. Esta realidad genera problemas de interrelación humana, problemas coyunturales según los ambientes y problemas estructurales. En las parroquias urbanas sucede lo contrario. La masificación de la sociedad, el anonimato de la persona y la complejidad de la vida producen un distanciamiento excesivo entre la realidad de la comunidad cívica y la comunidad parroquial cuando se reúne [...] Además la parroquia ha de responder a todas las edades, y eso es por una parte algo muy deseable, pero por otra parte es algo muy complejo y supone una capacitación pedagógica que no es fácil de alcanzar (R Prat i Pons, *Tratado de Teología Pastoral. Compartir la alegría de la fe*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2005, 271–272).

¹⁸ EG, n. 47.

mención pastoral, aunque no sea desdeñable. Es la manera sencilla y natural de vivir el amor fraterno que debe caracterizarnos a los discípulos de Jesús»¹⁹.

Más allá de una primera acogida, el acompañamiento espiritual ofrece el valor de una aceptación incondicional, la escucha a la persona tal cual se encuentra, la posibilidad de una comunicación profunda, de expresar la propia historia. Se trata de «darle a nuestro caminar el ritmo sanador de la proximidad»²⁰.

La acogida y el acompañamiento alivian, sobre todo, otro tipo de soledad más grave, la «soledad en la fe: estados de desierto interior, de aridez, sensación de no ser entendido, que –recuerda el cardenal Martini– se derivan de la falta de un ambiente y de una mentalidad abiertos a Dios». La frialdad religiosa del entorno, la aparente invisibilidad de Dios en la vida pública, provoca soledad y sufrimiento en el creyente. Concluye Martini: «Es necesaria la comunicación de la fe»²¹.

La parroquia conforma una trama de relaciones profundas y significativas que sirven a la comunicación de la fe, renuevan la esperanza de los agentes de pastoral y regeneran el tejido eclesial²². *Ecclesia in Europa* afirma que la parroquia «es capaz de ofrecer a los fieles un espacio para el ejercicio efectivo de la vida cristiana»²³. Añadiríamos «para el ejercicio afectivo de la vida cristiana».

19 OBISPADO DE MÁLAGA, *Fortalecer y transmitir la fe*, 138. Cf. VMP, n. 6.

20 EG, n. 169.

21 C.M. MARTINI, «La direzione spirituale nella vita e nel ministero del prete», en *Sia la pace sulle tue mura: discorsi, lettere, omelie* (1983-1984), Bologna 1984, 25-26. EG, n. 86 habla de cómo incluso «la propia familia o el propio lugar de trabajo» pueden convertirse en «experiencia de desierto», en «ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla».

22 Cf. CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia: nota pastorale, Edizione Dehoniana*, Bologna 2004 6: «Per l'evangelizzazione è essenziale la comunicazione della fede da credente a credente, da persona a persona»; EG, n. 127 subraya la misma idea y la misma expresión, «persona a persona».

23 EIE, n. 15.

3.2.2. La centralidad del domingo

Cada domingo la eucaristía renueva este ejercicio afectivo²⁴ La vida de la parroquia tiene su centro en el día del Señor; y este, su corazón en la eucaristía, «fuente y manifestación de la reunión de los hijos de Dios y verdadero antídoto a su dispersión en su peregrinación hacia el Reino»²⁵. La comida en común es símbolo de unidad: la mesa compartida expresa y forja la unión de la familia. La eucaristía crea y muestra la comunión en la parroquia que se reúne en nombre del Señor. Los extranjeros peregrinos encuentran en ella no «un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y un alimento para los débiles»²⁶. Y a todos aquellos con quienes comparten la vida cotidiana, les recuerdan y proponen el sentido auténtico de la fiesta que abre a la trascendencia.

«El domingo es para los cristianos día del Señor, día de la Iglesia y día del hombre. Es el día del Señor porque actualiza su Pascua. Es el día de la Iglesia porque esta se reúne para significar, reforzar y expresar públicamente su conciencia comunitaria. Es el día del hombre porque es fiesta que nos libera del yugo del trabajo y hace renacer la alegría y la esperanza»²⁷.

El día del Señor es tiempo de la comunión, del testimonio y de la misión. La escucha de la Palabra y la confesión de la fe en la celebración eucarística conduce a una entrega más decidida a los pobres. La celebración parroquial es el punto natural de convergencia de la comunidad cristiana en camino.

«Nos falta mucho para crear en los miembros de la comunidad esa conciencia de que la Eucaristía dominical es la oración primordial, a la que nadie puede faltar, porque es en ella donde nos enraizamos en la vida de Jesús, en donde nos hacemos y somos su Iglesia [...]. La eucaristía dominical, con todo su entorno, de formación, de encuentro, de obras de misericordia, tiene que llegar a ser el apoyo fundamental de la vida de las personas»²⁸.

24 Evidentemente, el carácter afectivo de las relaciones no centra el domingo ni la vida de la parroquia; ni se reduce a él toda la espiritualidad de comunión. Solo subrayamos este aspecto en este momento. Algún autor se muestra muy crítico con el predominio de la afectividad en la pastoral parroquial: D. Cravero, a partir de esta visión crítica, propone reconducirla con una propuesta interesante de la parroquia a la luz de la teología del matrimonio (cf. D. CRAVERO, *La pastora/e centrata sull'affetto. Ripemare la pa1Tocchia a partire dal matrimonio*, EMP, Padova 2011).

25 CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Il volto missionario*.

26 EG, n. 51.

27 OBISPADO DE MÁLAGA, *Fortalecer y transmitir la fe*, n. 153.

28 F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Evangelizar*, n. 285; cf. CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Il volto missionario*, n. 8.

3.2.3. La comunión como testimonio

«A los cristianos de todas las comunidades del mundo quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente»²⁹. La petición del papa remite espontáneamente a la oración de Jesús en la Última Cena: «que sean uno para que el mundo crea» (*Jn 17, 21*).

«Hoy parece crecer la conciencia de la necesidad de la comunión para la misión. La diversidad dentro de una diócesis es experimentada por muchos como una riqueza que acrecienta la comunión e invita a la misión [...]. El respeto mutuo, la valoración del otro y el sincero diálogo entre personas y grupos, es un talante pastoral que va prendiendo en nosotros. Nos damos más cuenta de nuestras limitaciones, de que nadie agota la inagotable riqueza de la Iglesia y de que toda persona o grupo puede recibir de los demás los dones y carismas que le faltan»³⁰.

La comunión en la Iglesia es condición necesaria para presentar la fe de manera creíble. De nuevo, la cercanía de la parroquia hace concreta, visible, la unidad y la diversidad del Pueblo de Dios. La comunión ha de ser en la parroquia un modo de ser, un estilo previo a la puesta en práctica de las actividades³¹.

3.3. La parroquia, casa y escuela de misión

Hemos visto cómo *Evangelii gaudium* solicita una «conversión pastoral» de toda la Iglesia, que la sitúe «en un estado permanente de misión». Para ello las comunidades cristianas son animadas a «poner todos los medios necesarios»³². La parroquia recoge directamente esa llamada, que la lleva a poner al día su propia identidad; no solo a revisar sus medios, sus modos concretos de trabajar, sino también sus fines, sus porqués últimos.

3.3.1. Tomar en serio la primacía de la gracia

Ya veíamos cómo Juan Pablo II proponía en *Novo millennio ineunte* un cambio de perspectiva en el hacer de la Iglesia: el

²⁹ EG, n. 99.

³⁰ OBISPADO DE MÁLAGA, *Duc in altum!*, 95.

³¹ «Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión» (NMI, n. 43).

³² EG, n. 25.

planteamiento de la primacía de la gracia en la vida cristiana es una llamada de atención a no dejarse llevar de la agitación y el activismo nervioso. Se trata de una llamada necesaria, porque el riesgo existe: aceptar el protagonismo de la gracia supone revisar el predominio contemporáneo «de la ética sobre la fe viva»³³.

El «cristianismo ético» ha dedicado mucho esfuerzo a la presentación de las exigencias del seguimiento y quizás ha prestado menos atención a la fuente de la que brotan y que les da sentido; subraya una dimensión de la fe que no se puede orillar, pero corre el peligro de convertir a Jesucristo solo en un modelo de comportamiento y «perder la experiencia directa, única y personal de Dios, la familiaridad con él»³⁴.

En términos equivalentes se expresa el papa Francisco: «Si bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él»³⁵.

La evangelización no nace automáticamente de la lectura de los objetivos y programas pastorales –medios útiles como son, pero medios al fin y al cabo–. La llamada a la misión sólo se capta en un clima de atención, apertura y escucha a Aquel que llama. Jesús busca discípulos antes que apóstoles³⁶.

Esta convicción es básica para el sostenimiento de la comunidad y para una pastoral *fecunda*. La primacía de la gracia no debilita los esfuerzos pastorales; al contrario, los orienta a su verdadero sentido –comunicar la alegría de haber sido salvados– y descarga de la ansiedad por los resultados. El *modo* de hacer las cosas es más importante que la *cantidad* de cosas que se hacen. El modo de hacer se convierte en signo transparente

33 OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Renovar nuestras comunidades cristianas*. Carta pastoral de los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, 2005, n. 33.

34 G. URIBARRI, *El mensajero*, 103–104. El autor recuerda las experiencias de la llamada, el perdón y el agradecimiento como fundamentos del envío. El libro presenta análisis y propuestas para un perfil espiritual y apostólico sólido del evangelizador de hoy. En la misma línea, cf. Obispos de Pamplona y Tudela Bilbao San Sebastián y Vitoria, *Renovar nuestras comunidades* 42–49, con la propuesta de “una espiritualidad para nuestro tiempo”.

35 EG, n. 12.

36 Cf. OBISPADO DE MÁLAGA, *Duc in altum!*, 90–91. El papa Francisco une inseparablemente las dos dimensiones cuando habla de “discípulos misioneros” (EG, n. 119).

de la acción de Dios³⁷. Como lo es una comunidad que se siente, ora y trabaja unida por un mismo Señor.

3.3.2. La parroquia "existe para evangelizar": la buena noticia a los pobres

«Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»³⁸. Esta declaración certera de Pablo VI es inmediatamente aplicable a la parroquia: también ella encuentra su dicha y su vocación más profunda en anunciar la buena noticia de la salvación.

La parroquia edifica su testimonio evangélico sobre los elementos comunes de la vida de la Iglesia. El papa Benedicto los recordaba: «La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*)». Y añadía: «Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra»³⁹. El testimonio de la parroquia es creíble en la medida en que hace participar a todos sus miembros –de una u otra manera– en estas acciones fundamentales *simultáneamente*: no se trata de que se lleven a cabo separadamente aunque sea en el mismo ámbito parroquial; ni siquiera que se realicen coordinadamente unas con las otras. Al ser expresión del mismo amor de Dios por el hombre –por todo el hombre– es necesario que en cada una de esas tareas estén de alguna manera presentes la Palabra, la celebración de la fe y el servicio de caridad⁴⁰.

El reto de la parroquia consiste en no separar la oración y la caridad; la práctica sacramental y la vida fraterna; la iniciación cristiana y el servicio a los desfavorecidos. En este sentido, el papa Francisco es tajante: «No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre,

37 Cf. J.M. URIARTE, *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, Idatz, San Sebastián 1999, 43. Mons. URIARTE aboga por "una espiritualidad del hacer sosegado". G. URIBARRI insiste en cómo el "estrés apostólico" nos vuelve infecundos (cf. G. Uribarri, *El mensajero*, 102–104).

38 EN, n. 14.

39 DCE, 25.

40 Cf. OBISPADO DE MÁLAGA, *Fortalecer y transmitir la fe*, 146–147.

‘los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio’ [...]. Nunca los dejemos solos»⁴¹. Si la parroquia es la casa de todos, debe sentirse especialmente interpelada a ser especialmente casa para los pobres: «Tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como ‘en su casa’. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino?»⁴².

3.4. Una parroquia "en salida"

Desde el inicio de su pontificado, el papa Francisco habla de una «Iglesia en salida»⁴³, reflejo del mandato misionero de Jesús, que la llama a entrar en un proceso que no la cierre en sí misma, de movimiento «hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales»⁴⁴.

Ya no se trata solo de mantener las *puertas abiertas*, sino de *salir a buscar*, a imagen del Buen Pastor. Cada parroquia deberá discernir cómo concreta esa llamada a la *salida*, que expresa el deseo de un vuelco en la manera de comprender la vida de la comunidad, las actividades, la organización. Esta concepción de la parroquia supone reorientar la formación y la espiritualidad de sus miembros en general –todos son enviados al anuncio misionero– y, en particular, de los agentes de pastoral que *salen*. Requiere una espiritualidad recia y un acompañamiento constante.

4. Conclusión: «Y se puso a caminar con ellos» (Lc 14, 15)

El relato de Emaús, tan gráfico, ilustra las posibilidades de una «espiritualidad de la parroquia» en una sociedad y a veces en una Iglesia como la occidental– desencantada, «de vuelta». Aquellos dos hombres que abandonan Jerusalén lamentándose se habían sentido un día cautivados por Jesús, que les había mostrado un

⁴¹ EG, n. 48.

⁴² NMI 50.

⁴³ Cf., por ejemplo, A. SPADARO, “Entrevista a Papa Francesco”, 462; EG 20.

⁴⁴ EG, n. 30. En EG 49 repite el que es uno de los lemas de su pontificado: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”.

modo nuevo de entender a Dios y había encendido su esperanza. Pero ya casi parece algo que hubieran soñado. Como ellos, nuestras comunidades recuerdan otros tiempos de vitalidad pastoral y abundancia de juventud y no aciertan a comprender qué ha funcionado mal.

Aquel desconocido les sale al encuentro, se les une y los acompaña. Camina con ellos, se adapta a su paso y a la dirección que llevan. No los detiene, no interrumpe su conversación; se suma. *¿De qué habláis?* Los dos responden, quizás con brusquedad, pero el desconocido los va animando a expresar el malestar que llevan dentro. Que cuenten su desánimo, que hablen de sus esperanzas fallidas. No tienen a nadie más que los escuche. Y hay tantos así...

Llega el momento en que el desconocido interviene, los zarandea. Y les ofrece otra clave para entender lo sucedido. Mientras caminan, la Palabra va haciendo su trabajo, los interpela, les caldea el corazón.

Cae la tarde. Los dos caminantes ofrecen hospitalidad al desconocido y, cuando se sientan a la mesa, reconocen aquel gesto de partir el pan, tan *suyo*. Se les abren los ojos: ¡es el Señor! La fraternidad, la Palabra acogida y el Pan compartido convierten a aquellos dos caminantes en una minúscula comunidad cristiana. Una comunidad imperfecta, titubeante, en diáspora, pero, al fin y al cabo, convocada por Jesús en la eucaristía. Los dos caminantes a ahora corren hacia la ciudad de la que habían huido desencantados. La eucaristía los vuelve a unir a los otros discípulos. Solos no pueden subsistir.

«Y se puso a caminar con ellos» (Lc 24, 15). Es la tarea de la parroquia, el alma de su espiritualidad: acompañar el paso de la comunidad peregrina. De una comunidad variada como una familia. Acompañar a todos como pueblo y, cuando es posible, a cada uno en concreto, con sus distintos ritmos de seguimiento, sus gozos, caídas y retrasos. Con frecuencia, la parroquia es pobre, humana y religiosamente modesta. Pero en este empeño no le falta la compañía de Aquel que sigue caminando con ella, precediéndola, convocándola, enviándola.